

MARÍA ELVIRA ROCA BAREA. FRACASOLOGÍA. ESPAÑA Y SUS ELITES: DE LOS AFRANCESADOS A NUESTROS DÍAS, MADRID, ESPASA, 2019, PÁGS. 526

EDUARDO GAGO FERNÁNDEZ-RUBALCABA

Para estudiar o investigar un largo periodo de la historia de España es preciso tratar de dar con las ideas claves que expliquen los hechos y los acontecimientos. Un presupuesto que se debe recordar porque está muy extendido entre algunos historiadores, en realidad novelistas de la historia, centrarse en la tragedia, la miseria y la violencia como modo de vida habitual de la historia de los españoles, componiendo una nefasta historia colectiva transgeneracional.

El tiempo presente no conduce al optimismo, debido tanto a que la Nación está gobernada por unas oligarquías muy mediocres e interesadas en sí mismas, que parecen desear volver a enfrentar violentamente a los españoles, como por las tendencias centrífugas de los supremacistas que dominan algunos territorios periféricos de España. Dentro de los cuales las oligarquías locales separatistas, apoyadas por una parte de la masa social, quieren formar un acoplamiento aldeano y tribal.

Según sea el propósito del historiador, existen varias formas de hacer historia, entre los que se puede elegir: 1. Los que buscan exponer objetivamente la historia de un periodo, expresando fielmente lo que aconteció en el pasado. Actitud intelectual plausible, aunque se corre el riesgo de dejarse llevar por un frío racionalismo objetivista, salvo el que proceda de hacer la historia por la historia –historificar la realidad que fue–, lo cual no es precisamente un mal objetivo. 2. Otra forma de hacer ciencia histórica consiste en añadir al método científico un afecto y sentimiento a la Nación, con el objetivo de que resplandezca, si la hubiere, la historia común de las generaciones sucesivas, sin desfigurar u ocultar las actitudes y los acontecimientos, ni tampoco los dramas ni los efectos negativos surgidos por diversas causas, y que darán la posibilidad de conocer mejor el presente. 3. Hay otra clase de historiadores, ya sea por odio a su país, o por formar parte de un movimiento hispanófilo, que tiene el cometido de inventar la historia de la Nación española, enfatizando lo negativo y ocultando las grandezas, siguiendo el eslabón de una cadena ya antigua que condena lo español como un proceso que habrán de continuar otros historiadores en el futuro. El objetivo principal es utilizar el riquísimo pasado español para cercenar la conciencia histórica de la colectividad. Si consiguieran que la mayor parte de la sociedad despreciara a su Nación, habrían tenido el éxito esperado.

Si esta actitud, ideológica o no, continúa siendo importante, se debe a que, desde hace bastantes años, sea desde dentro o desde fuera del País se rechaza lo que representa la cultura española. La mayor animadversión hacia España aparecerá en los países que han participado en la confección de la leyenda negra –por cierto, muy bien analizada por María Elvira Roca en otro excelente estudio de gran éxito: *Imperiofobia y leyenda negra* (Madrid,

Siruela, 2016)–, cuya propaganda, tan negativa como falsa, ha sido aceptada por muchos españoles, carentes de conocimiento histórico.

A María Elvira Roca habría que encuadrarla en la segunda forma de historificar, con su punto de originalidad y destreza para manejar acertadamente los datos históricos. En el estudio sobre la fracasología se consigue hacer una historia acertada, objetiva, sin complejos, nada lacrimógena, desmantelando con conocimiento y notable inteligencia lo que denuncia, con un propósito que combina lo específicamente científico, con una valiente militancia por la verdad histórica. No se encontrará en el libro ni melancolía, ni autoflagelación, tampoco patriotismo, más bien orgullo por la riqueza en todas las áreas del pensar y actuar humanas que se muestran en buena parte de la historia española, confiando en el Pueblo y muy poco en sus clases dirigentes.

La Historiadora tiene el propósito de hacer llegar a los lectores el fondo explicativo principal, el movimiento ordenado-desordenado y circunstancial de la Nación española. Las ideas expuestas están avaladas con pruebas difícilmente refutables, que permitirá al español rechazar la falsa crítica y las mentiras procedentes de diversos lugares, en especial del protestantismo economicista, que emplea la labor propagandista como un arma intelectual dirigida a oscurecer u ocultar acontecimientos decisivos de la historia Universal y de España. Por ejemplo, apenas se habla de que, antes que en España, fueron expulsados los judíos en casi todos los países europeos. También se oculta la persecución a los católicos en Inglaterra –donde la tolerancia teorizada por J. Locke no llegaba a los católicos. A propósito, es llamativo la tolerancia, inusual en cualquier otra nación, con los afrancesados, “absueltos” por la sociedad y el Estado–, en la Alemania Protestante –en el capítulo 11, la profesora Roca Barea, critica duramente a Max Weber, por formar parte del supremacismo germánico, especialmente respecto al desenfoque de su interpretación sobre la educación: “es difícil de encontrar una declaración formal de prejuicios raciales y religiosos hecha con menos tapujos” (p. 377)– y en Holanda.

Es comprensible que se haya logrado que grandes acontecimientos universales, en los que España ha sido la principal protagonista, se minusvaloren o se difuminen a favor de otras naciones menos relevantes. Quizá haya que ver una expresión de odio y resentimiento de todo lo que representa España, y que goza de un predicamento inusual, hasta el punto de que al unirse a las ideologías, desde diversas instituciones, incluidas las del Estado, varios titulares de los ministerios del Gobierno y muchos ciudadanos dicen no sentirse españoles. Cualquier ciudadano español que acepte los contenidos de la leyenda negra, está rompiendo con su pasado, quedándose en una nebulosidad turbia a merced del situacionismo. Al ser la falsedad la base para expandir la leyenda, se ha acudido a la propaganda, manejada eficazmente desde el exterior y, lo que es peor, desde la propia Nación. Si el excelente libro de María Elvira Roca se centra en este aspecto se debe a que desde hace muchos años se dirige un enfrentamiento entre la propaganda y la verdad histórica con consecuencias nefastas para la sociedad. “La propaganda, escribe, es una forma de gestionar la mentira que el español nunca ha podido aprender” (p. 17). En el estudio queda bien explicado el motivo.

El lector reconocerá la valentía de los análisis de la historiadora Roca Barea, ajena al sentido autoinculpatorio de los españoles. El problema es que el español está desconectado de su historia porque la ignora, debido a que su estudio obligatorio en el sistema educativo no le ha servido para comprenderla. Quizá lo más desesperanzador es que la instrumentalización cultural y educativa está propiciando la desintegración de España, empezando porque “hace más de 25 años en España se educa de forma abierta en colegios e institutos a los niños y adolescentes para que no sean españoles” (p. 476). A ello se une que si en Europa domina el sentimiento de decadencia, en ningún otro país ha aparecido “la idea de que de dicha decadencia la culpa la tiene el propio país” (p. 335). Problema parecido al que tienen muchos ciudadanos americanos con su historia. Todos se avergüenzan de sus orígenes. Por ejemplo, “los mexicanos, como los españoles, hace más de dos siglos que viven de la opinión ajena...” (p. 459).

María Elvira Roca parte en su libro de una tesis muy acertada: el fracaso histórico de España en la Edad Moderna empieza con la llegada de los Borbones. El cambio dinástico fue decisivo para España, por su incapacidad de ejercer el poder y administrar el Imperio, aunque lógicamente no toda la responsabilidad hay que atribuirle a los Reyes.

Si la política borbónica perjudicó gravemente al Imperio, igual o peor lo fueron las fuerzas intelectuales. La historiadora malagueña describe su papel en el siglo XVIII, la falta de riqueza intelectual y un empeño en deformar la realidad, con más prejuicios que el hombre común, hasta llegar al “autodesprecio, perdiéndose ya el apego y el orgullo del propio” (p. 97). A este intelectualismo mediocre seguidor de Montesquieu, Voltaire, etc., no les importó que estos autores estuvieran haciendo una caricatura de todos los españoles.

Si el pensamiento fue más estéril o negativo para España, hay que mencionar el acontecimiento señalado por María Elvira Roca: la casi destrucción de la educación por la expulsión de los jesuitas. El resultado se manifestó en que si en “España había unas 50 universidades a mediados del siglo XVIII”, con la “política educativa de Carlos III, llegó al siglo XIX con sólo 10 Universidades” (p. 123). Sin olvidar una de las falacias más extendidas y aceptadas por los propios españoles: la de que los científicos y la ciencia fueron perseguidos en España. Por lo general, las elites y muchos intelectuales desde el último siglo de la edad moderna, han sido escasamente patriotas. Toda la subordinación voluntaria e interesada a otro país no se puede considerar patriotismo. Naturalmente que la generación del 98 sintió la tragedia de España, pero nuestra Autora, razonablemente, critica a sus componentes, ya que con su pesimismo no solo lastrarán a las sucesivas generaciones, sino que, además, sus ideas fueron muy imprecisas e inapropiadas al juzgar los males de España.

Uno de las peores prejuicios que han afligido a España apuntados por la profesora Roca Barea, proviene del corte histórico que se ha llevado a cabo con la época más importante de España. Al ocultar el pasado, se dejará a los españoles sin ese grandioso contenido histórico, como si hubieran procedido de una inexistencia histórica. En efecto, el asentamiento borbónico en España supuso pasar de ser una gran potencia, a acoplarse como una colonia de Francia: “Francia no solo no volvió a temer a España, sino que consiguió convertirla en una provincia acomplejada en el orbe de su influencia cultural durante siglos” (p. 59).

Al mismo tiempo se crea “un lobby nuevo que expulsa y sustituye al antiguo” (p. 53). Lo que demuestra el agotamiento de los dirigentes de la anterior dinastía o que la Casa de Borbón-Anjou vino con una fuerza y dinamismo superior, logrando imponerse en todos los ámbitos. ¡Qué diferencia entre el servilismo mostrado por la aristocracia ante la dinastía gala, con la fuerza que poseía la anterior aristocracia, los pecheros, la burguesía, etc. cuando Carlos I tomó posesión de los reinos españoles!

En el trabajo sobre la *fracasología* se expone como, desde el siglo XVIII, en las elites españolas escasea el mérito y sobra la servidumbre y la imitación. Cuando las elites se plegaron a las exigencias de países como Francia e Inglaterra, significaba que se rompió definitivamente con las anteriores elites de la época de los Habsburgo, puesto que hubiera sido imposible que estos admitieran las imposiciones foráneas. En lo sucesivo las elites iniciaron una actitud despreciativa hacia su Nación, que se extenderá por una parte de la población acrítica. Cabe recordar que en el siglo XX muchos españoles tenían como primera patria a la Unión Soviética. Actitud indigna, tanto más cuando en la Unión Soviética, el PCUS a medida que se afanzaba en el poder, se hacía más patriota.

Quizá no se podrá hablar de la traición de las elites. Pero lo cierto es que con el transcurrir de los años, mostrarán un complejo de inferioridad respecto a otros países, y una obediencia servil poco compatible con el honor y las exigencias de la pertenencia a una Nación dominante y segura de sí. En cambio, expresan a partir del afrancesamiento un “desprecio por la cultura popular española y por el vulgo ignorante” (p. 185).

A veces se escribe que España no creó ninguna corriente cultural en los siglos anteriores. Hay que distinguir entre sumarse a una corriente nacida en otro país, algo lógico en la dinámica interrelación cultural entre los territorios europeos, que subordinarse a una potencia europea, tratando de imitar con escasa creatividad a los pensadores de otros países, sobre todo a los franceses. Desgraciadamente los gobernantes casi nunca trataron de ejercer el poder como los grandes estadistas europeos. Los Reyes Católicos, Carlos I, Felipe II no necesitaron emular a los otros gobernantes. Todo lo contrario, fueron modelos para los demás reyes sobre cómo reinar y administrar sus enormes posesiones.

Ciertamente los pensadores o escritores españoles de los siglos XV, XVI y XVII, recogieron los caracteres de las corrientes y movimientos culturales europeos, pero una vez asimilados, surgió el genio individual, varios de ellos elevando sus creaciones hasta lo excepcional. Por ello, no solo estuvieron a la altura de los grandes creadores de las corrientes, sino que, en no pocas ocasiones, les superaron.

Otro aspecto a destacar son los efectos sobre Hispanoamérica: “a partir del siglo XVIII, la asimilación de las ideas racistas que lleva consigo la ilustración, las élites hispanas comienzan a avergonzarse de su sangre India” (p. 218). Esta es una de las causas de la desaparición del Imperio español, extraordinariamente bien unido y que los Borbones con una política centralista francesa no supieron mantener. Una separación que se realizó desastrosamente, tanto desde España como en América, perdiendo sus óptimas condiciones para entrar en la era contemporánea.

El estudio, muy bien escrito, galardonado con el Premio Espasa, no solo conseguirá que el lector adquiera un conocimiento de su Nación de más de dos siglos, sino que le ayudará a ponerse en camino para liberarse de los falsos prejuicios aparecidos en un pasado que otros presuntos historiadores han deformado gravemente. Salir a la luz de la verdad histórica es un comienzo estupendo para enfocar con garantías la realidad.